

Exposición

NUEVA YORK & SEVILLA

Javier Aguilera Rojas

Sala Maravillas.

Sevilla, mayo de 2008

Conferencia de inauguración a cargo de

Pedro Miguel Gil Corbacho

Médico psicoanalista

Me dirijo a ustedes para comentar mis impresiones sobre la obra de quien ha sido mi amigo desde hace 52 años.

El guión ha salido ordenado con la secuencia de actos del teatro clásico, es decir, planteamiento, nudo y desenlace, tal vez porque las ciudades son como enormes escenarios donde se entrelazan tramas y tramoyas en un tiempo histórico inabarcable en una sola vida.

Planteamiento

Creo que ésta exposición es el fruto de cierta transformación, de cierta conversión, el resultado de algún tratado de paz entre Javier Aguilera y Nueva York. Durante el tiempo de esa guerra de la juventud, Javier Aguilera fue indiferente o crítico con lo norteamericano. Decía irónica y provocadoramente: ¿Qué vas a encontrar de interesante? ¿Al Pato Donald ?

En mi fantasía hubo un clic que desbloqueó la situación. Creo que fue la presencia y el rastro de La Giralda en Nueva York, su impronta como icono sevillano en algunos de sus edificios más emblemáticos. Anteriormente había existido una réplica de La Giralda, una Giraldilla auténtica en el actual emplazamiento de Madison Square Garden, que fue demolida hacia 1830. Creo que él debía saber esto, así como de la existencia de otras Giraldas como la de Kansas City, la Torre de la Libertad y el Hotel Bitmore en Miami, la torre Wrigley en Chicago y otras más.

Creo que debió de pensar que si los americanos habían sabido apreciar los méritos de la Giralda él podría hacer lo propio con las torres neoyorkinas que contenían su inspiración o su huella, como el edificio de la Chrysler, el Empire State Building o el Ayuntamiento.

Además había un antecedente, y era la influencia de Edward Hooper sobre él. Los cuadros sobre casas de Punta Umbría, los edificios de la Gra Vía madrileña y otros, están impregnados de la misma melancolía, nostalgia e incomunicación.

Así que desde una retina hopperiana decidió plasmar la conquista de la altura por los arrogantes y esbeltos edificios de Nueva York, poniéndonos en contacto con su solidez, su consistencia y su temperatura a través de una descripción, minuciosamente transmitida, que muestra la inverosímil, mágica, transmutadora luz que los baña y el cielo que los acaricia, un cielo donde torre y cielo pertenecen al mismo y sorprendente espacio, donde sin duda sobrevuelan los espíritus protectores de la ciudad.

Al tiempo es la obra de un arquitecto que transmite con rigor el estudio de perspectivas y volúmenes, volúmenes impresionantes y sobrecogedores, perspectivas que sólo él sabe ver, con las que nos convence de una configuración que nos había pasado desapercibida pese a su evidencia.

También hace una suerte de pedagogía donde muestra la fiabilidad de las estructuras, y la conseguida lealtad del hierro y del acero convertidos en materiales complacientes que se dejan tratar de mil maneras distintas y sabias como puentes, columnas, agujas u ornamentos, para nuestra seguridad y satisfacción. Nos muestra la belleza matemática de unos tensores que, sostenidos por su algoritmo, soportan cotidianamente el vaivén de millones de ciudadanos, la permanente victoria sobre la gravedad de armazones aparentemente simples pero endiabladamente ingeniosos.

El edificio sobrecogedor o sus partes, sus idilios con la luz, el cielo, la tierra y el agua, el audaz logro de la técnica, la orfebrería de lo colosal son, en suma los protagonistas de éste paisaje de Nueva York. Consigue convencernos de que son gigantes buenos, obras del hombre en una feliz conjunción de belleza y osadía.

Como contraste, Sevilla es presentada como una ciudad con los brazos abiertos y cálidos, horizontal y acogedora. Somos invitados a la casa plagada de palmeras de ésta gran señora oriental que destila un elegante erotismo, que sugiere sus raíces originarias en el desierto por su similitud con la Koutubia de Marrakech.

En otro tiempo, personajes tan distintos como Stalin también sucumbieron al encanto de la Giralda. Impresionado por el edificio del Ayuntamiento de Nueva York, Stalin decidió incorporarlo al estilo arquitectónico de innumerables edificios de la U.R.S.S., especialmente en Moscú, como el de la Universidad, los Ministerios de Asuntos Exteriores, y el de Transportes, el Hotel Ucrania, y el Lenindraskaya, consolidando lo que se conoce como Arquitectura Estalinista. Durante la guerra fría, los moscovitas empezaron a llamarlas “los colmillos de Stalin” añadiendo significados de ferocidad y violencia a la imagen de éstos magníficos edificios, que se convirtieron así en iconos que representaban el poder, la capacidad técnica y artística de la U.R.S.S.

El propio Stalin controlaba cuidadosamente éstas construcciones comunicando a través de ellas su empeño en “limpiar los vestigios del pasado y así reconstruir el mundo de arriba abajo”. Las consideró un estilo personal y las distinguió regalando en más de una ocasión como al gobierno de Polonia alguna torre Giralda. La instauración de la guerra fría llevó la competición a las alturas arquitectónicas, de forma que desde la U.R.S.S. se contempló la posibilidad de construir una Giralda de más de 500 m.

Ésta había sido antes la pretensión de los neoyorkinos que en plena depresión económica, a través de la construcción del Empire State parecían decir: “Nos atrevemos con alturas a las que nadie se había atrevido antes porque poseemos la técnica y la capacidad empresarial para ello. Además podemos contribuir a superar el desastre económico haciendo edificios como éste en un tiempo récord de 16 meses y hacerlos rentables”

Así pues, en uno y otro lado de la guerra fría las Girdaldas fueron la tramoya o el icono usado para escenificar la trama de la confrontación.

Nudo

Traspassando épocas e ideologías, la Giralda sevillana había sido testigo de usos análogos de los edificios, pues a sus pies el Cabildo catedralicio decide la construcción de "...una catedral tal, que los que nos sigan nos tengan por locos". Dicho y hecho. La Cristiandad necesitaba ésta demostración de poder frente a un Islam que poco a poco se va batiendo en retirada.

También había sido testigo de los horrores de una Inquisición que crea justamente en Sevilla sus primeras Reglas, y también la primera oposición a éste tribunal, que deja un saldo de 1000 condenas a la hoguera, 20000 abjuraciones, autos de fe, azotes, etc.

También ha presenciado el desembarco de galeones que traen de la Indias un torrente de riqueza que consolida a Sevilla como Gran Urbe, que permite conocer a otros seres humanos, otros colores, plantas y alimentos.

Ha conocido a los personajes que inspiraron a Cervantes, bajado los humos a Santa Teresa, celebrado a Lope de Vega etc.

Ha visto el auge de un imperio y su declive, acompañado con su campanario desfiles, victorias, derrotas, muertes y nacimientos. Ha visto convertirse a sus hijas en bellísimas muchachas, a sus hijos en muchachos como juncos. Se ha hecho en suma, sabia, prudente, elegante, madura.

Las otras Giraldas, las moscovitas, han asistido a no menos trepidantes vaivenes políticos y sociales, celebrado los desfiles del Ejército Rojo, contemplado las exhibiciones ecuestres del todopoderoso Stalin a lomos de un caballo blanco, han visto al siniestro Beria raptando a muchachas por la calle, morir congelados a troikas de bebedores de vodka etc.

Por su parte, las Giraldas neoyorkinas vieron crecer un monstruo que comenzaba a tener vida propia y crecía imparablemente escapándose de todo control, terminando por consolidarse en el imaginario colectivo como "la ciudad" moderna por antonomasia, alternativa a la medieval o renacentista, verdadera "jungla de asfalto" ordenada por unas reglas del juego inexistentes o sólo conocidas por los miembros de un selecto club, y donde el obispo anglicano hacia 1900 confesaba tener censados tantos cristianos como prostitutas.

Es éste monstruo el que en plena Gran Depresión es escenario de la depresión de Lorca que dice:

*La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.
La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.*

Es también escenario de las gloriosas peleas entre Hopper y su mujer Jo, en las que ella le muerde la mano defendiendo su derecho a conducir el coche, reflejo la gran batalla de los derechos de la mujer y de otras batallas como las de las minorías homosexuales el Village que allí se han librado.

También es escenario del éxito de la versión neoyorkina de un Woody Allen, judío pobre que gracias a la sublimación y universalización de sus elaboraciones neuróticas trata de convencernos de que no hay ciudad más libre y viva, con tantas oportunidades e historias apasionantes.

Desenlace

King-Kong representa una de las mejores metáforas de la Gran Ciudad. Traído a la civilización de tierras remotas, escapa del control humano y se encarama al edificio más alto, a la cabeza de la ciudad, al Empire State.

El mito King-Kong representa el fracaso de la aspiración humana en controlar las variables en las que vive inmerso y que él mismo ha creado. A duras penas podemos controlar al Gran Animal que llevamos dentro, es decir, nuestras propias pulsiones siempre mejor reconocidas en los demás como si procedieran de tierras remotas. En un momento u otro el Gran Gorila se sube a la cabeza y nos domina.

Surgen la preguntas ¿Cuáles son los monstruos? ¿Por qué producimos monstruos? ¿Qué hacer con los monstruos?

Hemos planteado cómo la Giraldas han visto nacer y morir a innumerables monstruos, guerras, inquisiciones cristiana o musulmana, imperios y dictaduras legitimados en nombre de la Religión, la Revolución o la Economía. Producimos monstruos análogamente a como producimos células cancerosas o pensamientos aberrantes.

La razón puede ser, entre otras, que vivimos inmersos en un universo mucho más complejo que nuestra propia mente, aún muy rudimentaria y disociada como para poder representar lo que nos rodea o lo que nos constituye, de forma que llamamos monstruo a aquello que no hemos acabado de entender bien y por tanto se nos escapa de control.

Véase una muestra. Dice Platón en “La República” que en la Ciudad Ideal los hombres más dotados deberían vivir con las mujeres más dotadas, producir hijos dotados y habitar en el centro de la Ciudad. Los hombres y las mujeres y los niños menos dotados deberían hacer lo propio en la periferia. La conclusión es que un genio de la filosofía es capaz de propugnar en un tramo de su producción sistemas que hoy calificaríamos como racistas.

El desenlace es que no hay desenlace. Estamos permanente enlazados a lo monstruoso, producimos el monstruo, somos el monstruo. Es una obra abierta con varios finales posibles. Tramas y tramoyas se suceden vertiginosamente, nos envuelven a nuestro pesar.

Una solución es ayudar a nuestra limitada mente a mejorar sus sistemas de representación para así saber más de los monstruos. Los monstruos y las hadas serían así seres vagamente familiares, parientes no tan lejanos.

No podemos permitirnos el lujo de dejar de representar, por tanto, allí donde la capacidad de representación nos ayude a expandir nuestra mente. Como en ésta bella exposición de Javier Aguilera o como en el diván del psicoanalista, estaremos contribuyendo a sublimar las pulsiones, instaurando la belleza y la creatividad, enjaulando al monstruo o transformándolo paulatinamente en ser humano.